

# XVIII Certamen de Relatos Breves Mujeres

Beatriz Alcaná  
Carla Cuesta Llaneza  
Elena Correa Delgado  
Inés Alcolea Llopis  
Lorena González Paz









*XVIII Certamen de Relatos Breves*  
*«MUJERES»*

*Edición*

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© *de esta edición 2023*

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© *de los textos*

Las autoras

*Ilustradora*

Irene León

*Maquetación e Impresión*

Litografía Santa Elena, S.L.

*Depósito Legal*

TF. 134-2024

BEATRIZ ALCANÁ  
CARLA CUESTA LLANEZA  
ELENA CORREA DELGADO  
INÉS ALCOLEA LLOPIS  
LORENA GONZÁLEZ PAZ

*XVIII Certamen de Relatos Breves*  
«MUJERES 2023»

Santa Cruz de Tenerife 2024





## ÍNDICE

<i>Presentación</i> .....	9
Jose Manuel Bermúdez Esparza	
<i>Prólogo</i> .....	11
María Elena Morales Jiménez	
<i>Santo puchero</i> .....	15
Beatriz Alcaná	
<i>Zuecos de borreguito</i> .....	23
Carla Cuesta Llana	
<i>La vendimia</i> .....	33
Elena Correa Delgado	
<i>E.V.A.</i> .....	45
Inés Alcolea Llopis	
<i>Pimienta picona</i> .....	55
Lorena González Paz	
<i>Jurado</i> .....	69



En este volumen que tienen entre sus manos van a encontrar los relatos galardonados en el XVIII Certamen de Relatos Breves *Mujeres*, que es ya un encuentro esperado para narradoras de dentro y fuera del municipio y que nació con el necesario propósito de fomentar, valorar y visibilizar la literatura escrita por mujeres como forma de expresión cultural y artística, e incrementar la presencia de la mujer en la vida cultural y social.

El primer premio de este año ha recaído en un magistral relato de Beatriz Alcaná, que reúne dominio de la técnica narrativa, originalidad temática y que está escrito con un estilo fresco y una gran dosis de sarcasmo.

No les revelaré más para que sean ustedes, a través de su lectura, quienes descubran todo lo bueno que se esconde tras este *Santo Puchero*. Solo adelantaré que, a pesar de estar ambientado en un pueblo, contiene un mensaje profundamente universal.

El primer accésit, *La vendimia*, cuya autora es Elena Correa Delgado, nos lleva a tiempos y espacios conocidos, tanto por el lenguaje usado como por el argumento elegido, donde se mezclan superstición, la magia que aún pervive en los ambientes rurales y una reivindicación más que justa.

El tercer relato, recogido en este libro bajo el título *Zuecos de borreguito*, es una narración muy eficaz, que retrata, de un

plumazo, la cotidianidad de muchas mujeres cuidadoras a las que nadie cuida. Lo firma Carla Cuesta Llana y ha obtenido el accésit a mejor autora local.

Estamos, un año más, ante un despliegue de talento femenino, de diferentes voces de mujer que cuentan -y cuentan bien- realidades distintas, fábulas contemporáneas, historias que merecen ser leídas y escuchadas.

Por eso, desde el área de Igualdad del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, hemos apostado por un certamen que, tras dieciocho ediciones, ya está plenamente implantado y que, desde su inicio, no ha dejado de recibir originales de extraordinaria calidad literaria y artística, siendo una excelente manera de reivindicar y mostrar que el talento tiene nombre de mujer, de mujeres.

Quiero felicitar, además de a las galardonadas, a las participantes, al jurado, a todas aquellas mujeres que trabajan, desde todos los ámbitos, para hacer mejor el mundo y, entre ellas, a quienes integran el área municipal de Igualdad, no solo por la organización del certamen, sino por su esfuerzo continuo para visibilizar el talento femenino y trabajar por una sociedad más justa.

JOSÉ MANUEL BERMÚDEZ ESPARZA  
Alcalde de Santa Cruz de Tenerife

Las mujeres occidentales de hoy ya no nos llamamos ni estamos «como ausentes». Desde hace unas décadas, las mujeres, por fin, nos hemos atrevido a romper con el silencio que nos atenazaba. Y es que callarse no es ninguna virtud. Expresarnos, comunicar nuestro sentir, es —y debería haber sido siempre— un acto natural, privado de singularidad. Pero esto no se lo explicaron a las mujeres de anteriores tiempos.

Las mujeres ya no necesitamos ser musas de nadie; al contrario, las mujeres somos creadoras y creativas; seres capaces de extraer de nosotras mismas la más pura expresión comunicativa, todo tipo de pensamientos trascendentales o elevados. Y si antaño nos quemaban vivas por ser brujas, ahora nos reconocemos felices como brujas-diosas libres y liberadas, verdaderas alquimistas de la vida, el arte, las relaciones y el amor, brujas-diosas bondadosas que amamos y nos amamos; brujas-diosas conscientes de nuestro poder, de nuestra facultad para romper todas las cadenas que nos ataban.

Con este certamen, el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife abre una puerta para dar voz a las mujeres. No hace falta decir que sigue siendo imprescindible la existencia de una convocatoria como esta —organizada, por cierto, de forma encomiable por la Concejalía de Igualdad—, un certa-

men que pone en valor la creatividad de las mujeres, las escucha, lee sus historias y las premia, dignifica y empodera. Aun así, el contrapeso de una historia de milenios de opacidad e invisibilidad sigue siendo muy grande y opresivo; necesitamos siglos para equilibrar esta balanza.

Quiero felicitar a todas las mujeres que se han presentado a este certamen porque todas ellas han sido capaces de ser conscientes de una determinada realidad que nos coloca en un estatus inferior en derechos o en una situación de riesgo o de desigualdad; y esa consciencia individual —que al unirla con las demás conforma la conciencia colectiva— es el primer paso para comenzar a romper con las situaciones, hábitos, costumbres y esquemas anquilosados y perpetrados por imposición o por inercia a través de los tiempos.

La selección se ha tornado difícil. Y en concreto, los relatos premiados e incluidos en esta antología no solo muestran situaciones de injusticia experimentadas por personajes femeninos, sino que despliegan sus alas y se elevan hacia las más variadas perspectivas creativas, vinculadas con géneros literarios tan dispares como el histórico, el testimonial, el costumbrista, la ciencia ficción o el epistolar. La variedad y el eclecticismo de estilos que conforman este libro están asegurados. Pero vamos por partes.

En «Santo Puchero», Primer Premio del certamen, Beatriz Alcana escenifica un momento histórico en la lucha por la igualdad de las mujeres en España, las elecciones municipales del 23 de abril de 1933, primera vez que las españolas pudieron ejercer el derecho al voto. Para ello, la autora se inspira y ficciona —con perspicacia, astucia y una fina ironía— unos hechos sucedidos en Castroviejo, un pequeño pueblo de Asturias. Nos seducen de su narración la ausencia

de victimismos, sus veraces diálogos y un acertado uso del realismo mágico.

«Zuecos con borreguitos», Accésit Mejor Autora local, de Carla Cuesta Llana, nos traslada a la crónica no deseada de un día cualquiera de una mujer que sobrevive con un empleo precario al tiempo que se hace cargo del cuidado de su madre dependiente. El relato visibiliza una cotidianeidad agobiante y angustiada en la que viven atrapadas muchas mujeres hoy en día, una situación muy común que debe erradicarse, mediante la educación, el diálogo entre los distintos miembros de la familia y el buen funcionamiento de los servicios sociales. La autora pone de relieve el contraste (precariedad-abundancia) entre las vidas de una hija y un hijo de una misma progenitora enferma de la que ambos son responsables. Por otro lado, la narradora nos hace testigos de una escena de violencia machista, a través de un personaje secundario, la vecina de la protagonista, y de la relación de sororidad que existe entre ambas mujeres.

En «La vendimia», Primer Accésit de Publicación, Elena Correa Delgado, recrea —con habilidad, sencillez y cercanía— un ejemplo más de cómo las mujeres son vetadas, generación tras generación, en situaciones cotidianas por creencias absurdas. Con este retrato costumbrista, la autora nos contagia de la frustración que experimenta una adolescente al darse cuenta de las limitaciones que entraña, injustamente, el hecho de ser mujer.

Inés Alcolea Llopis especula en «E.V.A», 2.º Accésit de Publicación, en la dificultad de ser libre en un mundo dominado por las imposiciones del patriarcado. Su protagonista, una astronauta a la que adjudican una esperada misión, no duda en lanzarse a lograr sus sueños en soledad a pesar de las drásticas consecuencias que esto conlleva. El relato, vincu-

lado con el género de la ciencia ficción, está envuelto en un cariz misterioso y desconcertante.

Por último, «Pimienta picona», Tercer Accésit de publicación, de Lorena González Paz, saca partido al género epistolar para escenificar la historia de una viuda blanca, pues así llamaban a las mujeres canarias (especialmente de Tenerife y La Palma) que sufrieron, con soledad e impotencia y en un limbo legal, la emigración de sus maridos a Cuba y a Venezuela a principios y mediados del siglo XX.

Es una suerte constatar cómo en la actualidad, en nuestra sociedad occidental, el discurso feminista está en boca de todos, y de todas; y también se ha diversificado; se ha colmado de matices y tonalidades. Hay tantas voces y perspectivas feministas como mujeres valientes que deciden expresarse; cada cual se comunica como puede, según sus circunstancias, influencias y facultades.

Animo a todas las mujeres a ser conscientes de su situación y, desde este estado, comenzar a poner límites y a crear sus propias vidas con confianza y amor, hacia los demás sí, pero sobre todo hacia sí mismas. Escribir es un primer gran paso, y este certamen es un aliciente para ello.

Es titánica la labor que aún nos queda por realizar —no solo en nuestro entorno, en nuestro país y en aquellos con los que compartimos una misma cultura, sino en otras latitudes donde el feminismo aún es casi inexistente—, pero no desfalleceremos en el intento. El primer paso está dado: ya no nos callamos ni estamos como ausentes. Por fin, tenemos voz y la alzamos sin miedo.

ELENA MORALES  
Escritora y editora



BEATRIZ ALCANÁ

**SANTO PUCHERO**

*Primer Premio*

## BEATRIZ ALCANÁ

Es una escritora salmantina que siempre ha sentido debilidad por los clásicos y las humanidades. Primero estudió Filosofía y después Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. En 2015 obtuvo el Premio Extraordinario del Máster en Estudios de Género de la Universidad de Salamanca. Su primera novela corta, *Spolia*, se alzó con el segundo Premio del Certamen Literario Alberto Magno en 2022. A finales de ese mismo año recibió el Premio de Novela Corta de Terror Marta Portal del Ayuntamiento de Nava con *Echidna* y en 2023 resultó ganadora del XXVII Premio de Novela Ciudad de Salamanca con *Teseo en llamas*, publicada en enero de 2024 por Ediciones del Viento. Además, es redactora de la revista de literatura juvenil *La Avenida de los Libros* y colabora habitualmente en el blog *Algunos Libros Buenos*.

**D**urante la primavera de 1933 tuvieron lugar muchísimos acontecimientos de lo más siniestro. Por ejemplo, en Alemania el régimen nazi decretó el boicot contra todos los establecimientos regentados por judíos. En África, en el desierto del Sahara, el aviador Bill Lancaster murió mientras trataba de batir un récord de velocidad con su avioneta. En Lima, concretamente en el hipódromo de Santa Beatriz, el presidente Luis Sánchez Cerro fue tiroteado por un individuo armado con una pistola automática marca Browning. Todos sucesos terribles, aunque ninguno tanto como el que traía de cabeza a los representantes de las fuerzas vivas de Castronegro: las elecciones municipales del 23 de abril.

El primero en tomar la palabra fue el padre Ezequiel, que no ocultó su disgusto ante las malas nuevas.

—¡Valiente ocurrencia la de la maestra! ¡Presentarse a la alcaldía!

—¡Pues anda que la Silveria y la Marcelina, que no han tenido otra que mancomunarse con semejante iluminada y postularse para concejales!

—¡Una criada y una carbonera! ¿Qué se habrán creído?

Los que se había sumado al descontento del cura eran don Blas, alcalde en funciones del pueblo, y Remigio, cabo primero del único puesto de la Benemérita en todo el tér-

mino municipal. Solo faltaba por pronunciarse el señor Larramendi, potentado y hombre de referencia en lo tocante a la toma de decisiones políticas. Lo que los suspicaces vendrían denominando un cacique de los de toda la vida.

—A las sabihondas esas ya se les pedirán cuentas a su debido momento. Ahora no sirve de nada lamentarse. Han presentado candidatura, las muy cebollinas, y la Junta se la ha dado por buena. Conque a votar tocan. ¿Qué se hace al respectivo?

Al señor Larramendi se le hinchaba la arteria subclavia si lo interrumpían antes de terminar de hablar, así que todos a su alrededor solían mantener un respetuoso silencio hasta cerciorarse de que había rematado su alocución. Como tampoco le hacía gracia que se le hiciera esperar más de la cuenta, no era raro que, transcurridos unos prudentiales segundos, sus interlocutores se pisaran unos a otros la palabra. Esto fue lo que les ocurrió a don Blas y al cabo primero Remigio, que se aturullaron de mala manera al no saber qué solución dar al problema.

—¡Le pagamos al Atanasio para que les arree una buena tunda! —propuso don Blas, corto de ingenio y fácil de atocinar.

—¡Traemos cuneros a la circunscripción! —sugirió el cabo.

Ninguna de las dos ideas convencía al señor Larramendi. Lo de la paliza le hacía sus buenas ganas, aunque no acababa de encontrarle fundamento. A lo de los cuneros, que parecía más sensato, le encontraba una objeción, y era el tener que andar inmiscuyendo a forasteros para inscribirlos en el censo.

Tuvo que ser el padre Ezequiel quien hallase soldadura al desaguizado en el que se veían inmersos a cuenta del decreto que Azaña y sus secuaces se habían sacado de la manga. Lo hizo dando dos golpes en la mesa camilla. El primero lo pegó con la manaza y casi mató del susto al cabo Remigio; el segundo lo atizó con un libro que se caía a pedazos y que levantó una vaharada de polvo añejo que hizo estornudar a don Blas.

—Déjense de cuneros. Lo que hay que hacer es lo de los viejos tiempos, llenar un puchero de papeletas en las que ponga que tiene que poner y echarlas a la urna el día de las elecciones.

—Pero, padre, que van a mandar interventores, que lo mismo les da por confrontar el montante de papeletas con el de almas empadronadas, y ya la tenemos liada —le advirtió amilanado el todavía alcalde.

—Ustedes metan las papeletas pertinentes en el puchero y asegúrense de que figuran en el censo los nombres que yo les diga —les encargó el cura de la que abría el libro de marras—. Anoten: Honoria Vázquez García, natural de Castronegro, nacida en 1857, de empleo jornalera... A esta la mandé yo dar sepultura hace ahora treinta años... Joaquina Pérez Ballarín, natural de aquí también. La mató de una coz un mulo hará cinco lustros el mes que viene. ¿Quién le iba a decir a esta pájara que llegarían a votar las mujeres? Para que luego digan que no somos avanzados.

Al señor Larramendi se le dibujó una sonrisa zorruna en la cara. Aquella sí tenía visos de ser una salida limpia del apuro. Limpia a su modo de ver, porque la tolvanera que iba provocar semejante artimaña todavía no podían ni figurársela.

Los preparativos del ardid se llevaron a término tal y como el padre Ezequiel había dispuesto. El cabo Remigio y don Blas se cuidaron de que las instrucciones del párroco se siguieran al pie de la letra. El único contratiempo con el que se toparon los partícipes del contubernio fue la sorpresa de que, en lugar de peroles de barro, se usaran urnas de cristal para meter las papeletas. Tanto hacía que no se votaba en Castronegro que no habían tenido hasta entonces ocasión de contemplar novedad semejante.

—¿No están muy llenas las urnas?

Andaban los interventores con la mosca tras la oreja.

—¡Qué va! Cuenten, cuenten —les invitó el padre Ezequiel, poniendo una cara de bueno que habría conmovido al mismísimo Lucifer.

Contaron y cuadraron las cifras. Pero la mosca seguía zumbando.

No faltaba ni una hora para que se diera por finiquitada la jornada electoral cuando aconteció algo extraño. Andaban ya todos rendidos y con ganas de merendar cuando se presentó una fulana en la mesa. Llevaba muy mala facha, la ropa hecha un guiñapo y pinta de no haber dormido en tres días. Se identificó como Begoña García Unzalu y manifestó su deseo de ejercer su derecho al voto.

—Pero usted ya ha votado, que la tengo marcada aquí en la lista —le advirtió Emerinda Abasolo, a la que le había tocado de vocal—. Enséñeme el pulgar, que vea yo si se lo he manchado de tinta.

El pulgar estaba limpio como una patena. Y frío, muy frío. Y también un poco acartonado, como si fuera cecina de chivo.

—¡Qué cosa más extraña! —se admiró Emerinda, que no era de equivocarse.

Todavía andaban a vueltas con el caso de Begoña cuando se plantaron en el consistorio otras tres individuos que reclamaban su derecho al sufragio. Todas de la misma mala guisa que la primera, pálidas como la cera y con las manos heladas. Y todas se decían paisanas que figuraban entre las que ya habían votado. Ninguna de ellas se alteró, aunque tampoco dieron su gélido brazo a torcer. Eran quienes manifestaban ser y habían sido formalmente convocadas para escoger a los miembros del consistorio. Nadie entendía lo que estaba aconteciendo. A don Blas y al cabo Remigio empezaron a correrles por los lomos unos sudores que ni de haber estado picando en la veta. El padre Ezequiel se hacía cruces y el señor Larramendi les echaba unas miradas como rayos.

Al caer la noche ya no eran cuatro, sino más de veinte las que exigían, papeleta en mano, que se les reconociera el derecho al voto, y al llegar la hora del cierre tenían una marabunta de doscientas o trescientas paisanas haciendo cola en la plaza, todas en silencio y ordenaditas, empeñadas en elegir una nueva corporación municipal.

—Mire usted, padre —se atrevió a decirle por fin el cabo Remigio—, que estas son las finadas a las que hemos inscrito en el censo. Que esa de ahí es mi tía Micaela, que lleva cadáver desde el veintidós y no me quita el ojo de encima.

Se había cuidado el cura de no apuntar en su lista muertas recientes, pero fue cuestión de tiempo que los más viejos del pueblo reconocieran entre el gentío a familiares y amigas a las que suponían desde hacía años consagra-

das al cultivo de malvas. ¿Cómo no iba a correr la noticia en Castronegro? Hijos y nietos corrieron a saludar a sus difuntas, que no por haber pasado a mejor vida dejaban de merecer un abrazo afectuoso. El reencuentro fue de un emotivo que quedó para el recuerdo, porque las muertas estaban de paso y así se lo advirtieron a sus seres queridos. Habían abandonado las tumbas, nichos y bajos de la iglesia solo el tiempo imprescindible para cumplir con sus deberes cívicos. Las habían convocado para que ejercieran el sufragio activo y no pensaban desentenderse. Eso sí, en cuanto hubieran introducido la papeleta en la urna, se volvían al más allá, que el más acá ya lo tenían muy visto.

Ni que decir tiene que la presencia de tanto lázara rediviva puso en evidencia a los tramposos. Don Blas no reunió la presencia de ánimo suficiente para presentarse de nuevo al cargo. El cabo Remigio, temeroso de su tía Micaela, se encerró en el puesto de la Guardia Civil y solicitó un traslado a Melilla. Al señor Larramendi en el fondo le vino dando todo un poco igual, porque sabía que, gobernase quien gobernase, en el pueblo iba a seguir mandando él. Al padre Ezequiel no se le cayó la cara de vergüenza porque tampoco había tenido nunca. Quizá convenga aclarar que lo que no tenía era vergüenza; de cara iba tan sobrado que hasta se atrevió a afirmar que la visita de las ánimas al pueblo había sido un milagro y no convenía darle más vueltas.

—Los designios del Señor son inescrutables —recordó en su siguiente sermón—.

Como los votos de las elecciones. ¡Inescrutables!



CARLA CUESTA LLANEZA

## ZUECOS DE BORREGUITO

*Accésit mejor autora local*

## CARLA CUESTA LLANEZA

Nació en Asturias un 30 de mayo, día de Canarias, sin saber aún que esa era solo la primera señal de que acabaría echando raíces en el archipiélago, donde reside desde hace doce años. En 2010, mientras estudiaba la carrera de Psicología, publicó su primera novela, *Faery*, a la que siguieron, entre otras, *Noche de Mardi Gras*, *Hielo* o *No hay nada después del final*, todas ellas firmadas bajo el seudónimo «Érika Gael». También ha publicado varios relatos en revistas y antologías. En la actualidad, vive en Santa Cruz de Tenerife y trabaja como correctora de estilo, labor que compagina con la de seguir dando vida a sus propias historias.

Isa estaba deseando llegar a casa para despojarse de la ropa del trabajo y ponerse los zuecos. Los «falsos Crocs», como los llamaba su cuñada, tan pija ella, porque Isa los había pillado de oferta en el mercadillo de los domingos. Para un día que libraba y que podía darse un caprichito...

No es que los zapatos que incluía el uniforme fueran incómodos, pero después de ocho horas recorriendo un pasillo del supermercado tras otro, reponiendo estantes vacíos, cargando palés y etiquetando productos, incluso calzada con unas pantuflas de felpa le hubieran ardidido las plantas de los pies y se le hubieran inflamado las piernas, cada vez más consteladas de varices.

Cuando terminó su turno, cogió el transporte público. Tuvo que hacer dos transbordos de camino a su barrio; aprovechó uno de ellos, y que tenía treinta minutos de margen antes de que le cobraran por un nuevo trayecto, para comprar una barra de pan para la cena. También pasó por la farmacia: entre el omeprazol, el ibuprofeno, el anti-pirético, la pomada contra las llagas, los polvos de talco, el jarabe para la tos y el jabón especial para el baño, volaron los dos billetes de veinte que su jefe le había dado de extrangis por haberse quedado a echar más horas la semana anterior.

Mientras esperaba en la parada, llamó por teléfono a Lidia, que había prometido echarle un vistazo a Isabelita mientras ella estaba fuera. Isa ya había agotado todos sus días de vacaciones y también los de asuntos propios y la encargada había comenzado a mirarla con recelo cada vez que le pedía permiso para «marcharme un momento, a controlar cómo andan las cosas por casa», o para salir antes de que se agotase su turno porque «no puedo dejarla sola más tiempo». Su exiguo sueldo en el supermercado, más lo que podía arañar en negro por las horas extras que no cotizaba —amén de los cuatro duros que le pasaba Manu los meses en que se acordaba de que Isabelita también era responsabilidad suya— era lo único con lo que contaban las dos para sobrevivir, así que Isa no podía permitirse el lujo de arriesgar su empleo y había tenido que pedir ayuda a una vecina. Suponía que a eso se referían los políticos cuando salían por la tele llenándose la boca con la palabra «conciliación».

Lidia le confirmó que Isabelita estaba igual que cuando la había dejado esa mañana, que había comido un poco del táper de puré que Isa había sacado del congelador la noche anterior, pero que había hecho un berrinche cuando le había recordado que esa tarde tocaba baño y que se había negado a salir de la habitación. Vamos, la misma pataleta de todos los días.

Isa se apeó a dos manzanas de su edificio, un bloque rectangular de ocho pisos, con cinco viviendas por planta, patio interior techado de uralita y tendedores clandestinos en las ventanas. Caminó todo lo rápido que le permitieron sus piernas varicosas; el relieve de los adoquines se le clavaba en los talones. Pensó de nuevo en los zuecos. Eran de un lúgubre color marrón y olían a plástico barato, pero lo

compensaba el borreguito que revestía el interior. Cuando Isa se los calzaba, sentía como si caminara sobre nubes. Serían todo lo falsos que su cuñada quisiera, pero no veía la hora de ponérselos.

El olor oxidado de la olla de lentejas. El cadáver de un mosquito en el plafón del techo. Las baldosas sin brillo, desparejadas porque una se había roto y aquel modelo de terrazo hacía ya décadas que estaba descatalogado; el arrullo monocorde del televisor encendido; visillos amarillentos e inertes delante de las ventanas, todas cerradas la recibieron en cuanto insertó la llave en la cerradura y giró.

—¡Ya estoy aquí! —anunció desde el umbral de la puerta. Trató de sonar alegre. Cariñosa. Apaciguadora. No quería empezar con una pelea tonta por cualquier nimiedad. No ese día.

Lidia fue la primera en asomarse al pasillo. Las llaves tintinearón sobre un platito que decía «Recuerdo de La Manga».

—Qué bien que hayas llegado pronto —dijo, con más alivio del que quizá pretendía—. Esta señorita tiene el día rebelde.

Isa contuvo un suspiro. No, ese día no, por favor.

—Gracias por quedarte con ella, Lidia. No sé cómo pagarte.

—Yo lo hago de mil amores, Isa, y lo sabes, pero...

—Pero no podemos seguir así. Ya, ya lo sé.

—Falta muy poco para que mi Luci dé a luz. En cuanto nazca mi nieto, no voy a poder venir siempre que quiera, ni tendré tanto tiempo libre. ¡Hay que ver el dineral que cuestan esas guarderías privadas! Al paso que vamos, solo van a poder tener hijos los ricachones.

—¿Cómo está Lucía? —Isa no aguantó más y se dejó caer con poca o ninguna elegancia sobre una de las sillas de la cocina, con asiento de mimbre revestido de hule. Se descalzó allí mismo y se frotó los empeines, cocidos en su propio jugo dentro del calcetín.

—Pues, precisamente hoy tenía médico y han visto en la ecografía que el niño viene de nalgas. Si es que todo son problemas, hija...

—Vaya. —Hizo un gesto comprensivo—. Dale un beso de mi parte. Ya verás que sale todo bien, mujer.

—Dios te oiga. Bueno, yo me marcho ya, que Mariano estará a punto de subir del bar y se pone como un energúmeno si no me encuentra en casa. Y yo, con tal de no escucharlo, hija... Hale, que descanséis las dos. Y piensa en lo que te he dicho. Que yo lo hago de mil amores, ¿eh? De mil amores. Pero...

—Sí, sí. Gracias otra vez, Lidia. Anda, vete ya. —La empujó con golpecitos suaves. No quería que tuviera problemas con su marido; no sería la primera vez que escucharan los gritos de Mariano en todo el bloque. Además, Isa necesitaba con urgencia una ducha, calzarse los zuecos con borreguito y entrar en coma hasta la mañana siguiente.

Oyó un graznido procedente del salón y a Isa se le hundieron los hombros, el cuello y el espíritu bajo la tela del uniforme.

La ducha tendría que esperar.

Se aproximó a la puerta que Lidia había dejado entornada. Respiró hondo antes de abrirla por completo. Del otro lado, la persiana estaba bajada y las lámparas, apagadas. La única luz emanaba del televisor, desde donde

sonaba también la sintonía de un concurso de preguntas y respuestas. Oía a cerrado, a rancio, a miseria. Isa reprimió una arcada y dio un paso en dirección a la silla de ruedas.

—¿Quieres algo, mamá?

—A buenas horas apareces. Puta. Más que puta. Me tienes aquí abandonada, sola.

Isa tragó saliva.

—No estabas sola, mamá. Lidia estaba contigo. Y yo tengo que trabajar —explicó, con una calma ensayada.

—Esa es otra guerra como tú. A saber qué andabas haciendo a estas horas por la calle. Normal que tu marido se largara con otra.

—Son las ocho y veinte, mamá.

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

Isa apretó los párpados.

—Está bien, mamá. Es la hora que tú digas. Tienes razón. Tranquilízate.

La batalla continuó media hora larga. Primero, porque Isabelita no quería bañarse antes de que terminara el concurso. «Mira qué listo es ese chico. No como tu hermano y tú, que nunca habéis servido para nada». Después, porque quería ver el parte, a ver a cuánta gente habían matado hoy. Cuando al fin Isa logró arrastrarla al cuarto de baño, se negó a colaborar, y su hija tuvo que cargarla como un peso muerto entre la silla de ruedas y el taburete de la ducha. Lidia le había comentado que había bañeras especiales para personas con problemas de movilidad, pero Isa había preguntado en un establecimiento y se había asustado cuando le dijeron el precio. De momento, mientras aguardaban la resolución de los papeles que había metido Manu hacía ya un año, tendrían que seguir apañándose

con el taburete de plástico e Isa tendría que seguir doblando el espinazo para frotar bien entre todos los pliegues y que no quedaran restos de jabón, porque la piel de Isabelita era propensa a las llagas.

Luego tocó secar a fondo, untarla en pomada, peinar con cuidado los cuatro pelitos que le surcaban el cráneo y rociarlos con Nenuco. De nuevo en brazos, Isa la llevó al dormitorio, donde le puso el pañal y un pijama limpio, que no tuviera chorretes de puré ni olor a meado. Le preparó una taza de leche caliente —hacía décadas que su madre no quería nada sólido para cenar—, y la obligó a tomársela, junto con las pastillas, en un nuevo duelo a primera sangre. La parte superior del pijama duró limpia menos de quince minutos.

Una vez que terminó de acomodarla entre las sábanas, su madre le exigió que abriera la ventana.

—No, mamá. Es de noche y cogerás frío.

—¡Putá! ¡Putá! ¡Putá!

Isa salió de la habitación y dejó la puerta semiabierta para escucharla durante la noche. No era la primera vez que su madre intentaba levantarse sola al baño y acababa formando un estropicio o haciéndose daño con los muebles al caer. No entendía que sus piernas ya no la sostenían.

Fue a la cocina. Pasaban de las diez y ella estaba reventada. Guardó la barra de pan en el congelador para que no se endureciese. Tomaría una fruta y se iría a la cama. Ya se ducharía al día siguiente.

Mientras mondaba una naranja medio pocha, sonó su teléfono. El nombre de su hermano parpadeó en la pantalla.

—Sí.



—Hola, Isa. ¿Cómo va todo? —saludó Manu con voz fría, puro compromiso.

Continuó hablando sin darle opción a responder. Derrochó entusiasmo al comentar sus inminentes vacaciones en Denia, los goles que había marcado el niño en el colegio («un portento, Isa; este nos va a hacer ricos a todos»), el nuevo frigorífico que había comprado Aurora («una maravilla, Isa; hasta cubitos de hielo hace»), las monerías del perro cuando él volvía del trabajo («un fenómeno, Isa; no hay otro más inteligente»).

—¿Y mamá? ¿Está bien? —preguntó, como colofón al torrente de alardes.

—Aún debe de estar despierta. Espera, que te la paso.

Hizo caso omiso a las negativas de su hermano («déjala que descansa, mujer, no la vayas a molestar») y se apresuró a encender las luces del pasillo y a hacer todo el ruido posible para espabilar a Isabelita, por si se hubiese dormido ya.

Empujó la hoja de la puerta con ímpetu.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre con gesto aturrido. Se la veía diminuta y vulnerable, encogida como estaba bajo la colcha de raso y guata.

—Es Manu, mamá. Ha llamado para preguntar cómo estás y hablar contigo.

¿Quieres decirle hola?

Le plantó el terminal en la oreja sin permitirle replicar. Salió del dormitorio culo atrás; mientras arrimaba la puerta de nuevo, escuchó a su madre gritar exabruptos al auricular del móvil.

—¡Desgraciao! ¡Cabrón!

Eran casi las diez y media cuando Isa sonrió por primera vez aquel día.



ELENA CORREA DELGADO

## LA VENDIMIA

*Primer accésit de publicació*

## ELENA CORREA DELGADO

Nació en Tenerife en 1989. Es veterinaria y escritora. Siempre ha sentido inclinación por la lectura y la escritura.

Gestiona una cuenta de Instagram (@paperdreams55), donde comparte su afición por los libros, escribe reseñas y fomenta el hábito de la lectura. En este proyecto ha impartido charlas y colabora de manera activa con diversas editoriales.

Ha publicado relatos en varias revistas literarias, como “Quimera” y “Mimbre”, y en diversas antologías de relatos y microrrelatos. Fue finalista en la XXVIII Edición del Premio Eneageia en Italia y su cuento fue traducido al italiano.

Lleva varios años siendo alumna de talleres de escritura de relato y microrrelato y ha finalizado recientemente su primer libro de relatos.

En la actualidad, vive en Madrid y trabaja en el proyecto de su primera novela.

Las uvas blancas reflejan el brillo del sol. El suelo de jable de la huerta parece cotufas recién sacadas de la sartén. La niña acecha a las lagartijas que trepan por los troncos de las parras mientras el abuelo corta los racimos maduros. Clac. Clac. Clac. Los tizones se esconden con el ruido de las tijeras. La abuela canta en voz baja. La cara arrugada escondida debajo de una sombrero de paja. A la niña la falda de la abuela le recuerda a las olas; cuando se mueve, los bordes ondean con la brisa que baja de la montaña.

—¡Ponte a la sombra que te vas a quemar! —le grita desde lejos abanando con la mano.

La niña obedece y piensa que queda poco para lo más divertido de la vendimia. Mientras, observa a las lagartijas. Les hace una trampa con un cubo y unas uvas podridas. El abuelo la mira por un momento. Ella se pone el dedo en la boca y el clac, clac, clac de las tijeras para. Los tizones vuelven a salir mientras el abuelo bebe agua fresca del porrón. Cuando la niña ve acercarse a uno, tira de la cuerda y el tizón se queda debajo del cubo. El abuelo le sonríe y mete los racimos de uvas brillantes en la cesta.

Cuando el sol está muy fuerte y el calor empieza a apretar, la niña ayuda a los abuelos a poner las cestas llenas a la sombra. Juntos, las cargan y las esconden del calor. Los

tres se sientan a la sombra y la abuela saca de una bolsa de plástico queso tierno y plátanos maduros. Comen en silencio. A la niña le encanta observarlos. Sus abuelos se miran por el rabillo del ojo. Nunca los ha visto besarse ni darse la mano. Solo en algunas fotos en blanco y negro en las que su abuela sonríe y no se le marcan las arrugas y su abuelo está tieso, como los troncos de las parras. La niña le enseña las manos al abuelo.

—¡Mira! —las tiene negras de hurgar en la tierra blanda para buscar lombrices.

—Negriando, mi niña —le responde él con una sonrisa.

A veces, se tumban los tres a reposar la comida y esperan a que baje un poco el sol para que vengan los hombres. Ellos ayudan al abuelo a cargar las uvas en una furgoneta para llevarlas al lagar. Mientras descansan, el abuelo lee un periódico arrugado y la abuela se lleva en una bolsita de tela su croché. Se pone unas gafas muy grandes que le ocupan toda la cara y teje. Cose también por las noches, a los pies de la cama de la niña. A veces le reza algún padre nuestro hasta que ella se duerme.

—Ya soy grande, abuela. No hace falta que te quedes aquí —le dice la niña por las noches, pero la abuela no la mira y sigue con la costura.

Ella, mientras tanto, cierra los ojos y respira el aire caliente mezclado con tierra seca y piensa que ojalá se parara el tiempo y los tres se quedaran allí, atrapados a la sombra de las parras.

Cuando llega la tarde, los hombres cargan entre risas las cestas de uvas en la furgoneta. La abuela y la niña los miran sentadas en una esquina. La abuela y ella vuelven

a la casa a pie, los hombres que no caben en la furgoneta regresan con ellas, pero hablan de fútbol o de la partida del dominó. La abuela le da la mano a la niña, que los escucha reírse sin entender nada.

Lo que más le gusta a la niña de toda la vendimia es pisar las uvas en el lagar. La abuela la viste con unos pantalones cortos oscuros y una camiseta blanca. Los hombres también van así. El abuelo se remanga los pantalones hasta las rodillas y las piernas blancas hacen que la niña lo señale y se ría. Poco a poco, van volcando las cestas llenas en el lagar hasta que se queda como una piscina de bolitas de colores. La abuela se queda por fuera, recoge restos que caen al suelo, barre o friega. La pequeña la llama con la mano, «Entra abuela», le dice, pero ella agacha la cabeza y niega, como si no la escuchara. Los hombres le revuelven el pelo mientras la niña pisa con fuerza. El abuelo la mira y sonríe. Acaba cansada, pero no se va a la cama hasta que no se marchan todos. Como una más, escucha lo que le dice el abuelo a los hombres.

Más tarde, ya arropada, mira a la abuela tejer en la esquina y le pregunta por qué ella no pisa las uvas con el resto.

—Ya me gustaría a mí, mi niña, pero yo ya soy una mujer hecha y derecha —dice y le da un beso en la frente con los labios arrugados.

Algunas noches la niña sueña que bucea en una piscina llena de bolas de colores. A veces es líquida, otras tiene que apartar uvas y trocitos de ramas para poder mover los brazos. En el fondo encuentra lagartijas y tizones que también nadan como ella. Los saluda con la mano y ellos no se esconden, la acompañan en su viaje submarino. La abuela la

llama desde fuera y la niña la invita a entrar. Ella no niega con la cabeza sino que se pone un bañador de colores y se zambulle entre las uvas brillantes.

A la niña no le importa tanto como a sus abuelos la transformación de las uvas. Ellos esperan pendientes de las barricas para poder sacar ese líquido turbio, a veces rojo y otras de color amarillento. Pero sí le gusta la primera vez que los dos lo prueban. La abuela prepara papas con costillas y piñas y sirve la mesa como si fuera un día festivo. Cuando ya están sentados, el abuelo descorcha una botella transparente que él mismo sacó de la barrica por la mañana. Le sirve un poquito a la abuela y luego él se llena el vaso.

—¿Y yo qué? — pregunta la niña, aunque ya sabe la respuesta

—Cuando seas más grandita —le dice el abuelo.

Los dos prueban el vino a la vez, lo huelen, hacen ruidos con la boca, se miran en silencio. La niña espera nerviosa con su vasito de Clipper en la mano que le recuerda un poco al vino tinto. Entonces el abuelo dice:

—¡Esto está buenísimo!

—Sí señor. Mejor que el año pasado —comenta la abuela.

La niña sonrío porque el abuelo le susurra «Se nota que estas uvas están pisadas por ti» y los tres brindan porque el vino todos los años es mejor que el anterior.

Todos los septiembres, la vendimia le recuerda a la niña que el verano se acaba. Que el sol no va a calentar tanto y que los tizones saldrán menos de sus escondites. Pero la niña vuelve a ayudar a los abuelos a coger las uvas, las pisa, las saborea y sueña con la piscina de bolitas de colo-



res. Ella cada vez más alta y espigada, los abuelos cada vez más canosos y arrugados. Las caderas de la niña cada vez más anchas, algunos granos en la cara y la abuela siempre diciéndole: «ponte una gorra que se te van a quedar marcas en la piel» y ella que no, que se despeina, que no le gustan las gorras. Pero si siempre te las has puesto. Y el abuelo, haciéndose el que no entiende, las mira discutir por el rabillo del ojo. La niña sigue cortando uvas, pero ya no pone trampas a los lagartos. Ahora, mientras los hombres cargan, ella se pone música en el *Walkman* o se lleva alguna Barbie con el pelo trasquilado. La abuela tampoco dice nada, pero sabe que la niña crece y que el próximo septiembre ya será una mujer hecha y derecha.

Todavía recuerda la niña aquel día en que fue a coger uvas como todos los años. Llevaba una camiseta de tirantes rosa que le apretaba el pecho y unos pantalones cortos vaqueros. El abuelo la miró al entrar en la huerta y negó con la cabeza. La abuela se quitó la sombrera y achinó los ojos.

—¿Así viniste tú a coger uvas? —le gritó desde lejos.

—¿Qué pasa? —dijo la niña encogiéndose de hombros.

La abuela le dio las tijeras de podar, pero ya no le dijo que se pusiera una gorra.

—Tú sabrás, mi niña.

No se miraron la una a la otra. Clac. Clac. Clac. Mientras cortaban los racimos brillantes, la niña con los auriculares puestos pensaba en pisar las uvas. Sabía que era algo infantil, algo que no les iba a contar a sus compañeras de clase, pero todavía, algunas noches, soñaba con la piscina llena de bolitas de colores. No tenía ganas de estar allí, no le apetecía hablar con sus abuelos, pero aquel momento, aquella sensación de poder romper, salpicar, exprimir, sol-

tar la rabia sin que nadie le dijera nada, era para ella algo especial.

A la abuela ahora le resbalaban gotitas de sudor por las arrugas muy parecidas a las lágrimas que soltó el día en que la niña llegó del colegio con dolor de barriga y las bragas manchadas de rojo. Sabía que ya no era su niña. Que el tiempo de los tizones y las lagartijas se había acabado. Que pronto ya no aparecería por la huerta. Que le aburriría pasar tiempo con ellos. Que aquella niña que pisaba las uvas pronto sería un recuerdo.

El abuelo observó en silencio todos los cambios de la nieta. Desde las primeras discusiones hasta los granos, el pecho o las caderas. Sabía que los hombres empezaban a mirarla. Se había dado cuenta de que era inevitable, de que la niña ya no era una niña, sino una mujer hecha y derecha. Aquel día sentía una opresión en el pecho, sabía que iba a hacer algo que a la nieta le iba a doler tanto como le dolía a él que ella hubiera crecido.

La abuela preparó a la sombra un poco de queso con pan mientras esperaban a que llegaran los hombres. La niña se sentó alejada de ellos. El abuelo suspiró, inhaló el aire seco de septiembre y creyó que con eso la pena que tenía en el pecho iba a marchar. La abuela tragó nudos de saliva que intentó bajar con el pan. La niña no quería ni queso ni pan. Miró al cielo y luego a las piedras de la huerta que parecían cotufas y pensó que ojalá que el tiempo se pasara rápido para poder ir a la plaza con sus amigas.

Los hombres llegaron en la furgoneta y cargaron las cestas con las uvas sin quitarle los ojos de encima a la niña. Algunos se miraban entre ellos y se daban codazos. Otros procuraban no fijarse en sus piernas o en su pecho, como

si fuera un pecado mirar a esa chica que habían visto crecer. El abuelo apretaba la mandíbula, incómodo. La abuela sentía que se encogía un poco más con cada codazo o murmullo y la niña escuchaba música mientras pensaba en que ya quedaba menos para pisar las uvas.

Cuando llegaron al lagar y bajaron las cestas se dio cuenta de que los hombres se reunieron en círculo y empezaron a hablar bajito para que ni ella ni la abuela se enteraran. Los hombres llamaron al abuelo y él se unió arrastrando los pies y con la mirada baja. La niña se quitó el *Walkman* y preguntó a la abuela qué pasaba. Ella se encogió de hombros y sintió que con su silencio el pecho le ardía por dentro. Recordó aquel momento, cuando ella tenía la edad de la niña, en que los hombres también murmuraron y el dolor, la rabia y la decepción.

El círculo se rompió y el abuelo asintió a los hombres mientras se remangaba los pantalones hasta las rodillas. La niña se desató los tenis y se acercó al lagar. Los hombres ya estaban dentro, pisaban en silencio en vez de hacer chistes o comentar los partidos de fútbol. La niña se agarró al borde del lagar y como siempre le tendió una mano al abuelo para que la ayudara a subir, pero él le dio la espalda. Intentó trepar sola, pero no podía y los hombres no la miraban. La abuela se acercó a ella y la agarró por la cintura, le susurró algo que la niña no quiso escuchar.

—¡Abuelo! —gritó mientras intentaba subir.

Él se dio la vuelta y miró a la niña. Ella nunca le había visto los ojos así, aguados, como el vino turbio que sacaba de las barricas cuando ya estaba listo.

—Ayúdame, abuelo —repitió ella.

—No se puede, mi niña —dijo él con la voz ronca.

Ella miró a la abuela que intentaba sujetarla o abrazarla o protegerla de la edad, del paso del tiempo, de ser una mujer hecha y derecha.

—¿Cómo que no se puede? —respondió la niña sin entender a qué se refería, mientras los hombres se habían parado y la miraban en silencio.

—Las mujeres no pueden subir al lagar. El vino se pica, se estropea y ya no vale para nada.

El abuelo lo soltó todo como una retahíla, como algo que hubiera ensayado todos estos años, porque sabía que, tarde o temprano, eso sucedería. La niña miró a abuela que tenía la mandíbula apretada y las manos temblorosas. Entonces comprendió por qué ella estaba siempre abajo, mirando a los hombres pisar, con la escoba, recogiendo los restos que ellos tiraban al suelo. Se vio a ella misma el resto de sus años soñando con aquella piscina de bolitas de colores mientras fregaba o les preparaba a los hombres algo para comer.

Se descolgó del borde del lagar y miró al abuelo, desde abajo, lejos ya de él y de los hombres y sintió resbalarle por las mejillas un líquido tan denso como el mosto. No dijo nada, solo miró al abuelo darse la vuelta y seguir pisando las uvas. Los hombres empezaron a hablar de fútbol y la abuela agarró a la niña de la mano, que temblaba como los tizones atrapados en los cubos y la sacó de allí.

—Vete —le dijo cada vez más encorvada—No hace falta que recojas nada, ya me encargo yo.

La niña quería gritar, le quería decir a su abuela por qué nunca le había dicho nada. Por qué las mujeres hechas y derechas no pueden pisar las uvas o cargar las cajas, pero cogió su *Walkman* y sin mirar a la abuela a la cara se echó

a correr. Ella la vio alejarse y pensó que le hubiera gustado ayudarla a subir al lagar, impulsarla, dejar que pisara las uvas delante de todos los hombres y que el vino fuera malo ese año. Ser capaz de subirse ella también. De agarrar a la niña de la mano y gritar fuerte. De sacar a los hombres de allí y poder bucear juntas entre las uvas de colores.

La niña llegó a la huerta y se sentó en la misma sombra donde habían estado los tres aquella misma tarde. Le resbalaban las lágrimas por la camiseta rosa. Miró a los tizones que se paseaban por las piedras y a las lagartijas que corrían a su alrededor. Le dolía la garganta de aguantarse los gritos y el berrinche. De querer decir algo y no saber el qué. De las ganas de llorar en alto y pegar puñetazos al aire, como la niña que ya no era. Pensó en que le hubiera gustado que el tiempo se parara en aquellos septiembres, en los que el verano se acababa y ella tenía que volver al colegio. En el brindis con Clipper y vino que todos los años era mejor que el anterior, en la piel de las uvas entre los dedos de los pies y las miradas orgullosas de sus abuelos.



INÉS ALCOLEA LLOPIS

**E.V.A.**

*Segundo accésit de publicació*

## INÉS ALCOLEA LLOPIS

Es comunicadora cultural en gran variedad de formatos y desde hace 10 años alterna la escritura con su trabajo en videojuegos. Nacida en Aspe (Alicante) en 1989, Inés ha sido galardonada en dos ocasiones con el premio provincial Géminis y en tres con el concurso local de poesía.

Inés Alcolea Llopis ha participado en varios proyectos literarios. Sus cuentos han aparecido en antologías como *Decameron veinteveinte*, (*Delirios del taller*, 2021), *Historias después de jugar* (*Héroes de Papel*, 2021), *De Tenebris* (*Readuck*, 2020), *Mundos sutiles* (*Cerbero*, 2020) y ha publicado *Pájaro semihundido* (*Insólita*, 2022) además de varios relatos a través de la plataforma LEKTU.

Como proyectos personales añadidos, Inés dedica su tiempo libre a la cerámica, crear historias interactivas y talleres de comunicación y narrativa. También, Inés ha formado parte de muchos proyectos de índole feminista dentro del sector de los videojuegos y es ponente en conferencias.



Desde que a los seis años descubrió que se podía viajar al espacio, Judith empezó a trazar un plan que fue completando con el paso del tiempo. Sus padres tardaron demasiado en ver que sus intenciones iban más allá de una simple ilusión infantil y lo asumieron con un orgullo roto que les aplacaba más que la vergüenza. Sin quererlo, habían estado alimentando un cliché mucho más viejo que el de querer ser astronauta.

Judith siempre había estado sola. Al contrario de lo que muchos de sus compañeros trataban de remarcar cuando aceptó la misión, Judith no tenía a nadie a quien echar de menos. Una carrera universitaria tan competitiva era la perfecta antesala de lo que sería una carrera espacial. Sus pocas compañeras pasaban largas horas anidando en laboratorios, formulando complejas ecuaciones para encontrar futuros hogares donde seguir tendiendo coladas. Al principio, Judith las veía como amigas, encontraba en esa resignación un alivio del que quería apropiarse. Pero luego el insomnio le recordaba que ella soñaba con explorar, ver la Tierra como si fuese la Luna, pasar a la acción vestida con una escafandra presurizada y un traje reflectante. Pero, casualmente, escaseaban los de tallas para mujeres. Así que, cuando a sus casi cuarenta años su jefe le propuso su primera misión espacial, Judith aceptó de inmediato,

algo que su jefe interpretó como un impulso y se sintió en la necesidad de advertirle sobre los cambios físicos que sufriría o su imposibilidad a tener hijos, como si a su edad Judith no hubiese tomado ya esa decisión y la naturaleza no se hubiese encargado de hacer el resto. A Judith tampoco le importó que todo estuviera tan marcado por la propaganda. Sería una mujer la encargada de preparar un nuevo hogar para que los habitantes de la tierra pudiesen volver a parasitarlo. O algo así dijeron. No con esas palabras exactas, más bien con unas bastante cargadas de imaginario católico y romanticismo biológico reproductor.

Todas aquellas semanas de preparación y entrevistas fueron un infierno por el que jamás hubiera imaginado que tendría que pasar. Nunca había visto tal nivel mediático en ninguno de los viajes de sus compañeros, menos aún para informar de los resultados asombrosos que sus compañeras obtenían en los laboratorios. Entre muchas de las cosas, a Judith le prohibieron decir que estaban enviando al espacio, a repoblar un nuevo planeta, a la mujer con menos instinto maternal del universo. Pero acató cada una de las normas e incomodidades sin rechistar, con miedo de que en algún momento se arrepintiesen y volvieran a ganar todas las voces asegurando que era muy difícil que enviasen a una mujer al exterior. Olvidó todo lo anterior el día en el que le dieron por fin su traje. Las iniciales bordadas brillaban tanto que opacaban la presencia de un enorme pañal cubriendo la entrepierna para que no se tuviera que preocupar por esos días del mes como si no se hubiesen extinguido.

La primera vez que vio la Tierra en cuarto menguante dio por merecida cada vez que la habían llamado poco

realista o ingenua. Había pedido que, antes de que la nave entrase en fase de hibernación, pudiese tener esa imagen que tanto había deseado contemplar. Por supuesto, todo el equipo de Houston accedió bromeando sobre quién sería el valiente de osar negarse a los caprichos de una mujer con el destino de la especie humana entre sus manos. Luego Judith predispuso la hoja de ruta y desde una distancia que se incrementaba a velocidad de vértigo, Houston programó un sueño que duraría meses.

La rutina era fácil y monótona, parecida a la que había estado practicando en su entrenamiento personal a lo largo de los años. A veces se centraba en sus ecuaciones y análisis de planetas de posible interés colonial, otras hacía crucigramas o leía, una vez al día hablaba con Houston para no sucumbir a la cacofonía del silencio y la claustrofobia. Esto era algo cotidiano en los viajes unipersonales al espacio. Cuando estaba en base, en alguna ocasión Judith había pasado cerca de la cabina de comunicación con la nave en órbita. Habría querido participar en la conversación que sostenían varios de sus compañeros con aquel que estaba a miles de kilómetros, pero las risas sobre bromas internas la hacían sentir tan desplazada como los viernes de birras en la cafetería. A pesar de ser la única compañera, Judith estaba segura de que ninguno había pensado en ella cuando vieron el nombre de la siguiente tripulante de la misión. Ahora, con ella en el otro lado, la situación no era muy distinta y, tras varios meses de conversación insustancial y aburrida, los temas empezaron agotarse. A Judith le resultaba muy complejo hablar del tiempo en el espacio. Llegados a ese punto, Houston dejó de asistir a su cita diaria con la astronauta.

Al principio, Judith pensó que se trataba de un error, un fallo en la transmisión, la distancia. Pero el revolucionario sistema nanomagnético de comunicación parecía funcionar a la perfección. También se le ocurrió que un fin prematuro había llegado a la Tierra antes de haber encontrado una alternativa de supervivencia. Pero al activar los altavoces, oía conversaciones lejanas, risas y algún que otro comentario sobre las chicas de recepción que quedaba en el aire. Todo parecía indicar que lo único que fallaba era la falta de ganas.

El problema era que este acuerdo de silencio unilateral que Houston había firmado llegaba a destiempo. En cualquier otro momento del viaje, Judith habría agradecido que el compañero al otro lado hubiese dejado de usarla como confidente de problemas en los que ella no tenía ningún tipo de interés ni relación. O que se hubiese quedado mudo cada vez que le explicaba las maravillas de las leyes de la robótica con las que Judith estaba familiarizada hasta la devoción. Sin embargo, dejar de hablarle justo ahora, en ese preciso momento, hacía que Judith tuviese cosas en las que pensar. Como por ejemplo qué hacer con lo que acababa de descubrir. Desde el otro extremo de la nave podía ver a lo muy lejos la estela que dejaba el sol errante sobre el que orbitaba el planeta gemelo de la Tierra. Era cuestión de tiempo que pudiese poner todo en marcha para hacer el primer acercamiento. El protocolo era informar de inmediato.

En aquel lugar de la galaxia no existía el día o la noche, así que Judith nunca pudo calcular cuántas jornadas invirtió en decidir que aquel granito de arena en la inmensidad infinita del espacio sería Tierra 2. La temperatura era de-

masiado baja en la superficie, pero los análisis geológicos indicaban que el terreno tenía componentes que conservaban el calor. Días de treinta y dos horas y media, atmósfera perfecta para probar suerte. Lo que sí pudo calcular fue el tiempo que pasó hasta que Houston volvió a contactar con ella: mucho.

Judith ya había recogido la primera lanzadera con la que había calculado y asegurado su aterrizaje sobre suelo firme. El lugar sería una especie de desierto sin muchos problemas de ventiscas que comprometiesen la estabilidad de la nave o la dificultad de la maniobra. Había reforzado su traje con cinta americana y se había metido dentro de este una mochila con útiles básicos de supervivencia que además harían de peso suficiente para compensar la gravedad. Fue justo entonces cuando la luz del comunicador empezó a parpadear. A Judith le llevó un par de segundos recordar lo que aquello significaba: alguien quería hablar con ella. Así que se dirigió con toda la rapidez que pudo a la cabina y apartó los trastos con los que había reutilizado un espacio infértil.

—Houston, aquí proyecto Echo, Victor, Alfa.

Tras una duración indeterminada de tiempo, el interfono volvió a emitir el ruido previo al mensaje.

—Recibido, aquí Houston. Necesitamos datos del programa —la voz era imperante y un silencio denso la acompañaba a pesar de que debía estar rodeado de todo el equipo de la base—. Echo, Victor, Alfa, confirme. Queremos reestablecer el contacto. Necesitamos avances. Cambio.

El ruido de la conexión evidenciaba el correcto funcionamiento del canal pese al leve retraso en llegar las palabras. Pero también hacía patente un silencio que se

prolongaba más de lo riguroso, indicio de que esperaban respuestas.

—Ha pasado un año, Houston.

Los ruidos causados por la transmisión en la distancia se superponían al posible murmullo que había despertado la cifra. O eso esperaba Judith, que al menos hubiese despertado algún comentario.

—Roger. Confirme sobre el programa. Cambio. Necesitamos poner rumbo o aceptar su fracaso. Corto.

La comunicación se perdió de inmediato, ningún sonido provenía de la otra parte y Judith quedó inmóvil sin mirar a ningún punto fijo. Su alrededor flotaba de manera gravitacional en torno a su cuerpo rígido, como si tanto tiempo sin otra voz hubiese sentenciado ya una extinción. La voz de otra persona era un espejismo. Pero el canal de comunicación había funcionado sin ninguna interrupción. Al interlocutor se le oía tan alto y claro como permitía el sistema. En ningún momento nadie tuvo que repetir una sola sílaba. No parecía siquiera que estar en una ubicación ilocalizable del espacio fuese un problema para esa conexión.

Con la dificultad que ofrecía el traje reforzado y el peso extra de la mochila, Judith fue flotando hasta la cabina de navegación. De entre todos los botones reconoció aquel que al pulsarlo emitiría una señal con la localización exacta de su nave hasta Houston.

Sin importarle el esfuerzo que había invertido en plegar su mochila dentro del traje, sacó una de las herramientas que había guardado y con sumo cuidado atascó el botón. Luego levantó una de las planchas que protegía el cableado y cortó el circuito para que nada emitiese una señal

de auxilio. Volvió a guardarse todo en la mochila y con el mismo protocolo la acomodó de nuevo en el traje espacial.

Flotó hasta la puerta de despresurización y, antes de accionar la palanca que la abría, Judith echó un último vistazo al que había sido su hogar durante tanto tiempo, para ella eslabón final de la civilización. Se ajustó la escafandra, repasó todos los procesos que tanto había estudiado y tan bien debía recordar, accionó la palanca de la puerta y saltó.





LORENA GONZÁLEZ PAZ

**PIMIENTA PICONA**

*Tercer accésit de publicació*

## LORENA GONZÁLEZ PAZ

Nación en La Palma en 1977. Licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de La Laguna, actualmente vive en Santa Cruz de Tenerife donde trabaja como profesora.

Además de la docencia, Lorena pasa sus días entre letras y libros, donde dedica también su tiempo a escribir desarrollando la parte creativa que ha existido en ella desde su infancia. Escribir es conectar con el mundo a través de las palabras.

Ha participado en la publicación de un ebook “Puente para abrazar II” ( Antología de escritores de Instagram, abril 2020). La revista cultural ‘Las Furias Magazine’, le ha otorgado una Mención Especial por su relato titulado *Vidas pasadas*. Además, ha obtenido el Primer premio en el concurso internacional de relatos ‘Te Asombro Radio’ con el título *La voz de la radio*. Respecto a publicaciones, una de sus obras ha sido seleccionada por la asociación Palin Teatro para su publicación en la antología titulada *Tú y yo*.

También ha publicado numerosos poemas, frases y reflexiones en Internet, que se encuentran en su cuenta de Instagram *@besando\_palabras*, creada en 2019.

Otros de sus trabajos también están publicados en su blog *besandopalabras.blogspot.com*. Actualmente está trabajando en varios proyectos literarios pendientes de publicación.

«¡La Habana!, ¡La Habana!» El mismo día en el que la Virgen de las Nieves salía en procesión de la capital hasta el santuario, llegó el recadero del puerto por la calle hacia arriba con unas prisas que parecía que la había visto aparecerse en el muelle. La gente esperaba con ansia las nuevas de allá, así que gritaba y agitaba las manos intuyendo que el contenido de lo que portaba iba a traer algo de alegría al pueblo. Y a cada paso que daba, veía cómo se asomaban a los balcones y corrían a las puertas para ver si la Patrona había cumplido con sus peticiones. Llegó hasta la última casa blanca de la esquina con tantas gotas de sudor que el crucifijo que tenía en el pecho brillaba como si fuese el sol de Tzacorte; y allí, esperó a ver si alguien le ofrecía un vaso de vino por tan humilde y digno servicio.

Cuando el hombre tocó la puerta de su casa, Merce corrió como loca a recibirlo. Llevaba desde muy temprano fisgando por la ventana, esperando como cada día, cualquier noticia que llegase de lejos. «Mercedes Asunción González Hernández, tiene usted una carta de Cuba». Merce casi le arranca el brazo al hombre del puerto. No hubo vino ni café ni dulces. Apenas un gracias presuroso con el que cerró la puerta y corrió escaleras arriba. Se sentó a leerla con el delantal puesto y las

manos oliendo a pimienta. Habían pasado ya ocho meses, y Merce, que se había quedado con las dos niñas y la venta de los mojos, no podía hacer otra cosa que pensar en lo que el destino había hecho con él. Marcelino Morera Pérez era el remitente de la carta. «¡Marcelino está vivo!, ¡está vivo!».

«El sobre está *nuevito* y se ve que es de calidad. Seguro que ya está empezando a ganar algo más que aquí». Merce recordó que unos días antes de irse, Marcelino no dejaba de decirle que en Cuba iba a ganarlo muy bien y que volvería con el dinero suficiente para poder prosperar en la isla. Abrió la carta y se percató de que el papel no era tan bonito como el del sobre y de que estaba mal doblado, con una de las esquinas rotas. «Marcelino no suele ser muy detallista para estas cosas», pensó Merce sin darle muchas vueltas. Al desplegar el papel por completo y reconocer la letra de su marido, el corazón le dio un vuelco, «como el primer día en la Plaza Chica», recordó. En aquel momento, en voz alta, igual que le había enseñado la maestra en los pocos años de colegio, comenzó a leer:

*La Habana, 13 de mayo de 1907*

*Querida Mercedes,*

*Estoy bien. En el barco conocí a un hombre que me trajo a trabajar a la plantación de tabaco de La Habana. Tengo varios compañeros de Canarias, uno es de Tenerife y dos de La Palma. Vivimos en una casa todos juntos y con lo que nos dan, cocinamos las comidas del día. Los sábados y domingos también faeno en otras huertas que me pusieron a cargo. El sitiero dice que tenemos que trabajar más para poder mandar el dinero a casa.*

*¿Cómo están Rosario y Carmita? Tienes que criarlas bien. Ya sabes que si son buenas mujeres encontrarán pronto un marido de provecho.*

*Merce, no quiero que estés andando sola por ahí, que ya tienes bastante con cuidar a las chicas y hacer el mojo. Tú sabes que en nuestra calle hay mucho gallo suelto que va con malas intenciones. Ponte tranquila en casa.*

*No sé cuándo podré volver a escribirte. No tengo mucho tiempo, aunque a veces voy con los chicos a beber unos rones y a conocer gente de aquí pa' ver si puedo conseguir otro trabajo.*

*Escribeme tú también algo a esta dirección. El patrón dice que él se encarga de entregarnos las cartas que nos lleguen. Tú no te estés preocupando por mí y cuida de las chicas.*

*Te mando un beso,*

*Marcelino*

«¡El hombre mío!». El pulso de Merce se había acelerado tanto que soltó un suspiro tan largo que era imposible respirar con tranquilidad. Marcelino estaba bien y trabajando, como él quería. Había escuchado tantas cosas terribles acerca de los barcos, que se sintió afortunada de tener aquella carta en sus manos. «La mayor va a tener que vestirse de blanco durante un año», se dijo Merce pensando en la promesa que le había hecho a la virgen cuando le pidió que Marce llegara a salvo a Cuba. Y con la misma rapidez que cortaba las verduras para el potaje, cogió la pluma que le había regalado doña María, la maestra, y escribió:

*Los Llanos de Aridane, 5 de agosto de 1907*

*Mi adorado Marce,*

*Me alegra saber que estás bien y que no te pasó nada en el barco. Llevo esperando tu carta desde hace mucho.*

*Lo que me cuentas del tabaco es bueno y si tienes bastante comida, también. Ponte abrigo si vas con los chicos por ahí, que tú sabes que luego te pones malo de la garganta.*

*En casa estamos bien pero te echamos de menos. Rosario empezó a trabajar en la casona de don Pepe y doña Virginia, y Carmita está aprendiendo a coser y me ayuda con los mojos.*

*A veces cuando voy a la venta, don Fidel pregunta por ti y que cuándo vuelves. Me da vergüenza contestarle, pero le digo que aún es pronto. Solo voy a la venta a llevar los mojos y vengo pa' casa. Tú sabes que en el pueblo les gusta mucho hablar y yo no quiero rebujones, no vaya a ser que esas se pongan a inventar cosas de mí.*

*Tú sigue trabajando y no dejes de escribirme, que me gusta que me cuentes cosas de Cuba y de lo que haces.*

*Pienso mucho en ti y en cuándo podemos volver a vernos. Me siento muy sola, Marce, pero estoy cumpliendo lo que te prometí.*

*Te espero. Te mando un beso grande.*

*Mercedes*

«¡Cualquier día me va a dar algo!» Los golpes sonaban tan fuertes que pensó que Pancho, el borracho, se había equivocado de puerta como el sábado pasado. En la entrada se encontró con Javier, el hombre que le compraba los mojos para venderlos en Tenerife. Siempre que iba a casa de Merce, Javier olía a fragante colonia y llevaba

la chaqueta de lino que solía ponerse para las fiestas del pueblo. Era un hombre de mediana edad conocido como “el Soltero”, porque aún no se había casado ni se le conocía pretendiente. No quiso aventurarse a una nueva vida, así que era de los pocos hombres de esas características que quedaban en el pueblo. «O casados o curas o ricos o *desabridos*», decían las viejas. Hablaron de la cantidad de pomos de mojo que Merce le haría para el próximo día que se vieran y de lo buenos que estaban los últimos que compró. Luego Javier le preguntó por las chicas y le sonrió al despedirse. Cada vez que se marchaba, Merce se quedaba pensando en cuál sería la razón de que no hubiese encontrado una mujer que le quisiera. «Algo *bamballo* sí es el hombre...».

Las chicas llegaron bien entrado el mediodía. A Rosario le gustaba contarle a su madre los cotilleos de la casa de los señores del pueblo y a Carmita lo que había visto en la casa de doña Marga mientras aprendía a bordar talegas de pan y sábanas para la dote.

—Hoy recibí una carta de tu padre. Está bien, trabajando en lo del tabaco y ganando dinero para poder volver. Dice que las cuide pa’ que tengan un buen marido —les contó apurada. —Estamos bien mamá. Nosotras somos unas chicas fuertes y sabemos lo que tenemos que hacer. Si no hay chicos en el pueblo, pues vamos nosotras también pa’ Cuba.

«Toda esta carga pa’ mí...», pensó Merce sin mover los labios para no preocupar. Rosario y Carmita, que solían hablarse con la mirada, se levantaron a abrazar a su madre rodeándola cada una por un lado.

El olor a turrao en las casas anunciaba la Navidad. Las tres estaban tan inmersas en la rutina del día a día que la ausencia de Marcelino y su partida a Cuba ya formaba parte de la normalidad en sus vidas. Pero Merce sufría por dentro. Que su marido se hubiera marchado a buscar una vida mejor era una losa que cada día se hacía más pesada. Aun así, las visitas frecuentes de Javier le alegraban los días. Contar con él y con don Fermín, el de la venta, hacía posible que tuviese el dinero suficiente para vivir hasta que llegase Marcelino. Una de esas mañanas de Navidad en las que Javier iba a saludar a Merce, le propuso aumentar la producción del mojo porque les gustaba mucho a los de la isla vecina. —Yo te ayudo con lo que haga falta, Mercedes—le propuso interesado. Y aunque a ella no le gustaba la idea de tener un hombre en casa sin que estuviera Marcelino, después de un par de semanas haciéndole la misma oferta, Merce accedió. «¡No será por no hacer mojo!»

Pimientos lavados, cortados y colocados en la encimera. El aceite, los ajos, la sal, los cominos y un ingrediente secreto que no estaba segura de querer compartir con Javier. Se puso el delantal nuevo y se ató el pelo para poder trabajar mejor. Sonaron tres golpes en la puerta y Merce se asomó por la ventana pensando que Javier había llegado demasiado pronto. Sin embargo, era el recadero de nuevo. No había escuchado vocear a nadie en la calle. Quizás se estuviera quedando sorda o puede que los anuncios de La Habana ya no surtían en ella el mismo efecto que antaño.



*La Habana, 18 de enero de 1908*

*Querida Mercedes,*

*En La Habana me tratan muy bien. Estoy trabajando mucho, pero aún no he podido ahorrar dinero para enviarte. También estoy comiendo rico. Han traído a una cubana que nos cocina. Se llama Caridad y tiene muy buena mano. Nos hace frijoles negros con arroz. Los chicos y yo ya conocemos más sitios de aquí y la gente de Cuba nos llaman los isleños, y vamos por ahí y nos juntamos para beber y hablar un rato.*

*Seguro que las chicas ya estarán más grandes. Espero que pronto encuentren a un pretendiente de buena familia.*

*¿Y tú?, ¿estás cumpliendo lo que hablamos? Recuerda que aunque tu marido esté en Cuba, sigues estando casada y es importante que te hagas respetar.*

*Escribeme con las novedades de Los Llanos y cuéntame cómo van las cosas por allí.*

*Un beso grande,*

*Tu Marce*

«¡Quién me ha visto y quién me ve...!» Cuando Javier llegó, ella ya había elaborado el mejunje y solo había que ir llenando los pomos. Pasaron la mañana en la cocina, contándose acerca de sus vidas mientras se sonreían satisfechos por el trabajo en equipo. Ese día Javier se llevó cuatro cajas, dos más que de costumbre y, emocionado por el resultado, le dio a Merce un beso robado en la mejilla que le hizo ponerse más colorado que la pimienta 'la madre'.

«Lo que me faltaba ahora es que este hombre, encima de querer quitarme la receta del mojo, se haya enamorado de mí». Y esta idea le estuvo rondando en la cabeza hasta que llegaron las chicas.

Si una llegaba, la otra también, nunca solas. Merce les había enseñado a protegerse de cualquier sinvergüenza que intentase algo raro con ellas. Rosario le contó que estaba contenta porque con el dinero que ella traía de la casona y el de los mojos iban a poder tener suficiente para el mes que viene. Tenía tan solo catorce años, pero había tenido que madurar con rapidez. Su hermana seguía sus pasos y aunque era más niña, los hechos no pasaban desapercibidos para ella.

—Javier es un hombre muy bueno —le dijo Carmita poniendo caras.

—Sí que lo es mi niña, nos está ayudando, pero ya hemos visto que nosotras no necesitamos a nadie para salir adelante. Solas hemos podido hacerlo muy bien todos estos meses sin ningún *ajeitado* que nos rescate. —Merce siguió pasándole el paño a la cocina y pensando en las cuentas que tendría que hacer con él la próxima vez.

Un mes había pasado desde la segunda carta y Merce por fin se decidió a responder:

*Los Llanos de Aridane, 23 de marzo de 1908*

*Querido Marce,*

*Las chicas y yo estamos bien. En Los Llanos algunas personas preguntan por ti y por los otros que se fueron, pero como no salgo mucho, no sé qué más contarte. Hay otros hombres como Vicente, el marido de Petra, que ya encontró trabajo y está empezando a ganar algo más dinero. Quizá la cosa está cambiando en La Palma.*

*Yo sigo con los mojos y cumpliendo lo que me pediste. Sueño con el día en verte pisar esta casa de nuevo.*

*Escribe pronto. Muchos besos,*

*Merce*

«¡Déjame el alma quieta!» Aguantar las habladurías, trabajar sin descanso y no poder salir de casa sino a misa, la estaba agriando más que el vinagre viejo que se bebía Pancho cuando no le daban nada en el bar. Cuanto más se dilataban las cartas, más se encogía su corazón. Una vez Marcelino le pudo enviar una foto. En ella se lo podía ver por fuera de una casa cuadrada y compacta, delgado como siempre, y con un bigote fino que no llegaba a cubrir el labio.

Junto a él, una mujer de tez morena y pelo muy rizado a la que le pasaba el brazo por encima. La envidiable sonrisa de lado de Marce era lo que Merce no podía dejar de mirar en la foto. En el reverso había algo escrito: Marcelino Morera. El Malecón. Septiembre de 1909.

«Marcelino está feliz. Está muy feliz».

---

Cuando en 1911, Rosario se promete con Felipe, el hijo del encargado de la finca Los Molinos, Merce escribe otra carta. En ella le cuenta a Marcelino que su hija se casará en mayo y que necesita dinero para la dote, porque del casamiento ya se encarga el novio. «Espero que sigas bien Marce. Estoy aquí, esperando». Fueron las últimas palabras que le escribió. Después de unos meses, sin carta de vuelta, con poca dote y con un padrino prestado, la boda se celebró en la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios un curioso *domingo llano*. «¡Ay Rosario, con la cuchara que coges, con esa comerás!».

—Mamá, que ahora dice Felipe que también se quiere ir a Cuba, que algunos hombres que han vuelto le han contado cómo se trabaja allí y que se gana bien. Dice que me lleva, pero más tarde, cuando pueda pagarme el pasaje

a mí también. Que él *dará mor de sí* pronto. «¡Mira a tu madre!, ¡lo bien que está!», me dijo el otro día. Yo quiero a Felipe, mamá, la verdad es que yo lo quiero.

«¡Mal risco te vuela Felipe Taño!». Merce prefirió guardar esa frase para sus adentros. Sufrir así no era lo que quería para ella.

—Mira, cariño, con el mojo, lo primero que hago es escoger bien los ingredientes. Tienen que ser de los buenos para poder hacerlo sabroso. Normalmente, en la venta me ofrecen lo mejor, pero después de tantos años comprando pimienta, me doy cuenta de si quieren engañarme. También tengo trucos para la elaboración que hacen que el sabor se intensifique y se suavice según el gusto. Hacerlo lleva un tiempo y si no estás pendiente de que los pimientos se sequen bien y de quitarle concienzudamente las semillas, te puede salir una mala mezcla que no hay quien se la coma. Que si picante, pimienta palmera, que si suave, de la morrona. Yo suelo hacerlo bastante picón, porque me gusta el gustito que se te queda en la lengua después de comerlo. Entonces, después de haber hecho una y otra vez la misma receta, descubro que ninguna de las veces ha salido exactamente igual a la anterior. Hay gente que prefiere que le queme hasta la garganta y gente que no soporta ni el más mínimo cosquilleo en los labios. Hay gente a la que solo le gusta por su popularidad y poder contar que lo ha probado y otros que no piensan probarlo en la vida. Otros aprenden la receta porque les gusta más cuando es de cosecha propia, pero hay otros que la roban sin chistar que lo han hecho. Y hay gente, digamos que muchos, que disfrutan de que ese manjar exista porque alguien lo creó.

Ahora, *mija*, piensa en el amor.





XVIII  
CERTAMEN DE RELATOS BREVES MUJERES

**JURADO**

**PRESIDENTA**  
GLADIS DE LEÓN LEÓN

**SECRETARIA**  
ANA BELÉN CRESPO RIVERA

**VOCALÍAS**  
MARÍA ELENA MORALES JIMÉNEZ  
CORIOLANO GONZÁLEZ MONTAÑEZ  
FÁTIMA MARTÍN RODRÍGUEZ  
AYOZE SUÁREZ DELGADO





### MARÍA ELENA MORALES JIMÉNEZ

Natural de La Laguna, Tenerife, es doctora y licenciada en Bellas Artes por la Universidad de La Laguna. Ha impartido clases de Gramática de las Formas en la Universidad de La Laguna, un curso de arte en la Universidad de Sor Juana de México y Pintura y Educación Plástica y Visual en centros de las Islas Canarias. Trabajó como redactora en la revista *Correo del Arte* (Madrid) y en la *Agencia Canaria de Noticias ACNPRESS* (Tenerife). Entre diciembre de 2005 y diciembre de 2012 desempeñó los cargos de responsable de prensa y actos públicos, correctora, editora y directora de colecciones en Ediciones Idea. En 2013, edita la trilogía «Somos solidarios» (*Minitextos comprometidos*, *Minitextos para sonreír* y *Minitextos de amor y lujuria*). Ha publicado multitud de artículos sobre arte en libros, manuales, catálogos y revistas especializadas, así como en los periódicos *Abc-Canarias*, *El Día*, *Diario de Avisos* y *La Opinión de Tenerife*. Además, ha publicado varios relatos en antologías y la novela *Malgache* (Ediciones Idea, Tenerife, 2004; segunda edición: enero de 2008, tercera edición, 2022). Su tesis doctoral *Lo pintado y lo escrito. Límites y conexiones. Análisis comparativo entre pinturas de Remedios Varo y textos de Isabel Allende* fue editada por la ULL en soporte informático (Tenerife, 2005), y en formato de ensayo en el volumen *Los universos mágicos de Remedios Varo e Isabel Allende. Fantasma y espíritus* (Ediciones Idea, Tenerife, 2006). Asimismo, ha publicado, entre otros libros, el recopilatorio de entrevistas *DialogArte, conversaciones en torno al arte actual en Canarias* (Ediciones Idea, Tenerife, 2010) y el ensayo *Los lenguajes de la Conca. Arte para tocar el alma* (Tenerife, Ediciones Idea, 2011, *Escritura entre las Nubes*, 2023). En 2013, funda *Escritura entre las Nubes* y

comienza a impartir talleres literarios de escritura creativa. En 2014 crea la editorial Escritura entre las Nubes (que ya cuenta con un catálogo de más de 200 títulos). Entre otros cursos de escritura, ha impartido seis talleres de verano de escritura creativa e ilustración en la Biblioteca Municipal de Teguiise, Lanzarote (2017, 2018, 2019, 2021, 2022, 2023), así como talleres para niños y adultos en la Biblioteca Insular de Lanzarote, en Arrecife (2018, 2023). Ha sido profesora de escritura creativa en el proyecto El Muro - microrrelatos (Cabildo de Tenerife, 2016-2017); ha impartido talleres de escritura creativa en distintas instituciones públicas y privadas, así como talleres de microrrelatos en institutos de La Laguna (2021); y un taller sobre su novela *Malgache* en el Instituto San Bartolomé de Lanzarote (2022). En diciembre de 2019, vio la luz su libro de explicaciones didácticas en torno al mundo de la escritura creativa, así como de relatos, poesías, collages y composiciones digitales, *Teguisamos cuentos*, en el que participan diversos niños y niñas. Simultáneamente se publica esta obra en inglés bajo el título *Teguiise Story cookbook*. En abril y mayo de 2023 impartió talleres en distintos centros de Tacoronte y San Isidro, en Tenerife, en torno a su obra ilustrada *El ave que me llevó al Chapare*. En la actualidad, está preparando *Haikus escritos por niñas*, que incluye los trabajos realizados por el alumnado de los últimos años en Lanzarote, así como consejos, explicaciones didácticas y collages digitales; y, al mismo tiempo, continúa con su trabajo en la editorial Escritura entre las Nubes.

## CORIOLANO GONZÁLEZ MONTAÑEZ

Licenciado en Filología Hispánica y profesor de Enseñanza Secundaria. Ganador de los premios de poesía “*Félix Francisco Casanova*” en 1984 y “*Ciudad de La Laguna*” en 1987, su obra de ese periodo queda antologada en el libro *El viaje* (poemas 1984-2000). Su obra posterior es *Las montañas del frío* (2005), *El tiempo detenido* (2006), *Otra orilla* (Cuadernos de Guillermo Fontes) (2008), *Retorno* (*The dream is over*) (2009), *Călătoria* (*El viaje*), (Traducción al rumano y prólogo de Eugen Dorcescu, 2010), *la luz*, (2010),

*Cuadernos y notas de viajes* (1988-2009), (2011), *Mapa del exilio* (2016), Premio “*Pedro García Cabrera*” convocatoria de 2014, *Mapa de la nieve* (2019), Premio “*Julio Tovar*” convocatoria de 2018, *Padre* (2002-2016) (2020), *El viaje II* (poemas 2002-2019) (2021) y *Tatăl/Padre* (2021) (Traducción y prefacio de Mirela-Ioana Dorcescu)

Figura en distintas antologías, entre las que destacan *La nueva poesía canaria* (Editorial Verbum. Madrid, 2001), *Los transeúntes de los ecos* (Antología de poesía contemporánea en Canarias) (Editorial Arte y Literatura. La Habana, 2001), *Poetas de corazón japonés* (Antología de autores de “El rincón del haiku”) (Editorial Celya. Salamanca 2005), *55 poeți contemporani* (Compilación de Valentina Becart), (Editura Arhip Art, Sibiu, Rumania, 2010), *Poesía canaria actual* (A partir de 1980) (Compilación de Miguel Martínón), (Ediciones Idea, Canarias, 2010), *Ανθολογία Σύγχρονης Ισπανόφωνης Ποίησης* (Antología de la poesía iberoamericana contemporánea) (Atenas, 2013), *Un viejo estanque* (Antología de haiku contemporáneo en español) (Ed. Comares, Col. La Veleta, Granada, 2013), *Poesía canaria actual* (1962-1992) (La Manzana Poética, Córdoba, 2016) y *La escritura*

plural (33 poetas entre la dispersión y la continuidad de una cultura) Antología actual de poesía española (Compilación de Fulgencio Martínez y prólogo de Luis Alberto de Cuenca), *Ars Poética*, 2019. Sus poemas han sido publicados en las revistas “Ágora”, “Cuadernos del matemático” y “Piedra del molino”. Ha colaborado en la revista especializada en haikus “Hojas en la acera”. Ha traducido del rumano los libros del poeta Eugen Dorcescu *el camino hacia Tenerife (drumul spre tenerife)* (2010) y *Las elegías de Bad Hogfastein* (2013). Ha sido traducido al rumano, al gallego, al amasik y al griego.

### FÁTIMA MARTÍN RODRÍGUEZ

Natural de Santa Cruz de Tenerife, es licenciada en Ciencias de la Información / Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y el primer ciclo de la Licenciatura de Bellas Artes por la Universidad de la Laguna. Obtuvo el Primer Premio ex aequo del XXIX Premio de Narrativa Torrente Ballester 2017, con su novela *El ángulo de la bruma*, editada por la Diputación de A Coruña en 2018; el Primer Premio del VI Premio OROLA de Vivencias 2012, con la obra *Las cicatrices de las cosas*, publicado en la edición *150 autores 150 vivencias*, de Ediciones Orola en 2012, y, el Tercer Premio y publicación del II Concurso de Microcuentos Ámbito Cultural-El Corte Inglés 2011 con la obra *El aroma de las estrellas*, publicado en el libro *Señales Mínimas* de Ediciones Idea en 2012.

Ha publicado la novela *El ruido de las preguntas* en 2022 y, algunas de sus piezas, han sido recogidas en diversas antologías como el relato *Espejismo*, en *G21 Generación 21: nuevas novelistas canarias*, de diversos autoras y editada por Anghel Morales en 2020; el relato *Quimera* en *San Borondón un viaje literario* de la antologista Paola Tena en 2020, y, el relato *Caperucita-R* en *Monstruos y superhéroes: Relatos terremotos de las Islas Afortunadas* de diversos autores, publicado por la Editorial Siete Islas, en junio de 2019; el relato *La Espuma*, en *Relatos breves para parejas aburridas o relatos aburridos para parejas breves*, de diversos autores, publicado por la Editorial Siete Islas en marzo de 2018.

Es miembro del Colectivo literario La Pluma Esbrújula y del Colectivo Coordinada F7 (desarrollo de proyectos fotográficos artísticos). Premiada y seleccionada en diversos certámenes de Fotografía y Artes Plásticas (Seleccionada

DESCUBRIMIENTOS PHOTOESPAÑA 2012, Fotonoviembre 2009, Certamen de Fotografía de Los Realejos de Derechos Humanos 2006, Concurso Fotográfico EL DIA, Bienal de Artes Plásticas Mapfre Guanarteme 2006, etc.).

### **AYOZE SUÁREZ REGALADO**

Escritor, editor, Maestro especialista en Educación Infantil, cursa como formación complementaria “Máster en Gestión de Proyectos y Espacios Culturales” en la academia “Divulgación Dinámica Formación” y “Curso de Community Manager para la Intervención Social” en el mismo centro. Curso de “marketing online: diseño y promoción de sitios web” CEO y fundador de GESTIOARTEM, empresa dedicada a facilitar servicios integrales en gestión cultural y eventos, y fundador de “Nectarina Editorial” en el año 2010, es un destacado agente cultural de las islas desde que en 2006 pasa a ser Director del “Recital Poético de Navidad de Canarias”. En 2015 toma el control de la Gestión Cultural de la librería Agapea en Tenerife, cargo que ocupa hasta 2019. Ha publicado los poemarios “Gaceta del Subamor & Retales de Pubertad” y “La palabra a ti indebida”, Galardonado en el “I Certamen de Relato Hiperbreve Villa de La Orotava”, “VII Premio Pedro García Cabrera” convocado por el Excmo. Cabildo Insular de La Gomera y el I.E.S. de San Sebastián de La Gomera, y premio “Ciudad de Tacoronte”, convocado por la Concejalía de Cultura de dicha ciudad, los dos últimos en la modalidad de poesía. En febrero de 2015 es distinguido por el Cabildo Insular de Tenerife con el Premio “Visionario Cultural” por la propuesta de Residencia Canaria de Cultura Internacional. Ha participado en gran número de recitales y lecturas poéticas de las islas como el “XIII Recital Poético de Navidad de Canarias” o el “III Festival Nacional de Poesía Ciudad de La Laguna”. Formó parte del grupo “Potaje Producciones”, compañía de artes escénicas. Durante 2020 realiza el ciclo audiovisual sobre literatura canaria “Mar de fondo” para Canarias Cultura en Red y desarrolla los conte-

nidos audiovisuales del proyecto “Constelación de Escritoras Canarias” para la Dirección de Ordenación, Investigación y Calidad de la Consejería De Educación, Universidades, Cultura Y Deporte del Gobierno de Canarias. También coordina y gestiona contenidos para diferentes proyectos en Le Canarien Ediciones, entre septiembre y noviembre del mismo año. En 2022 se asocia a Celaeno Books como co-editor o editor adjunto. En cuanto a producción, es productor ejecutivo y adjunto a la dirección del Festival Atlántico de Género Negro - Tenerife Noir; ha sido el responsable de los actos para la celebración del Centenario del nacimiento del escritor Isaac de Vega, entre mayo y junio de 2021 en los municipios de Granadilla y Santa Cruz de Tenerife. Director y productor de “EPICA - encuentro de poesía intergeneracional canaria” (Tacoronte, Granadilla, Las Palmas de Gran Canaria y Puerto del Rosario). Codirector y productor del Festival de Novela Histórica “Ciudad de Tacoronte” y productor de las jornadas de animación “Tacoronte Animado”, entre otros trabajos.











**Santa Cruz de Tenerife**  
AYUNTAMIENTO